

pado en oír el chirriar de la reata y pensando que la estatua de San Vicente podía desprenderse de su pedestal, olvidé la daga que usted me procuró y que llevaba en la cintura. Debe de haberse desprendido el puñal y de seguro hirió á alguno de los de la vista baja, porque se promovió en el chiquero la algarabía más espantosa que usted puede imaginarse. Bajé con precauciones á fin de que no me atropellaran (que para atropellos de marranos basta con los de la gente gabacha). Me aguardé á que cesaran los gruñidos, que podían denunciarme y hacer que ocurrieran los que cuidaban á la piara, y trepé de nuevo la cerca decidido á salir á la calle. La de malas: en el momento en que iba á saltar vi á un sereno que pasaba haciendo su ronda, empujando puertas y ventanas y examinando cerraduras. Esperé á que el guardián se alejara, coloqué mis cartas en el extremo de la cuerda, salí á la calle y fuí á donde usted me aguardaba.

Cuando acabó Porfirio su relato era media noche cerrada, y un octante de luna que apareció entre los montes semejava una segur de plata abandonada por un segador celestial, encargado de recoger las plantas cuyas eran las flores de luz que abrían inquietas sus corolas en la altura.



CAPÍTULO VI

La convalecencia

A PENAS había cesado de hablar Porfirio, cuando le anunciaron la visita de algunas personas que querían saludarle.

— ¿No teme usted, mi general, que sea gente que trate de cogerle?

— En la casa de un amigo, yo no temo á la traición: la hospitalidad me escuda.

Eran los que llegaban diez sujetos de diferentes trajes y cataduras, que al ver á Porfirio le abrazaron con cariño y empezaron á celebrar la liberación del jefe con frases sencillas y llanas. El caudillo se dejó abrazar de aquellos hombres, que eran nada menos que las autoridades de los lugares vecinos, y sin que él lo pidiera le ofrecieron armas, hombres y víveres.

— Estamos subordinados al Imperio, le decían; pero es sólo de apariencia: haga usted el movimiento más insignificante y verá quiénes somos.

A las siete de la mañana del 22 de Septiembre se ponía en marcha el núcleo de aquel nuevo ejército de Oriente: componíanle Porfirio, el coronel García, Pancho, un clarín y un guía. En un punto convenido se les reunieron nueve hombres más, y esos catorce jinetes rústicos y mal armados, se propusieron retar al francés, al austriaco, al belga, á los millones de Mr. Fould, á los gabinetes europeos, á Maximiliano y á Bazaine. Nunca ha sido más verdad que entonces el apólogo evangélico del grano de mijo, que nace enano é insignificante para tornarse árbol poderoso que dé abrigo á los hombres y nido á las aves del cielo.

Porfirio y sus amigos salieron contentos y gozosos del escondido ranchejo en que habían descansado. Pancho, que tenía sus letras, recordaba todas las expediciones caballerescas relatadas en los libros y novelones que le habían caído á las manos, y no hallaba nada á que asimilar aquella aventura loca, intempestiva, sin preparación y sin estudio. Apenas si escarbando mucho la ponía frente á la aventura de los galeotes y asimilaba á su general al noble caballero perseguidor del ideal de bien y de justicia, pero seguido ¡ay! por la peor gente del mundo.

A las doce del día sorprenden los jinetes al destacamento imperial de Tehuitzingo, y con esto aumentan su fuerza á cuarenta hombres. El veintitrés atacan á un escuadrón que manda el coronel Carpinteiro, le encallejonan en un camino que forma dos cercas, le machetean, le destrozan, le hacen prisioneros, le quitan armas, y se retiran llevando nuevos elementos á la campaña. En Xochihuchuellán se incorporan sesenta y tantos hombres y en Tepetlapa treinta jinetes.

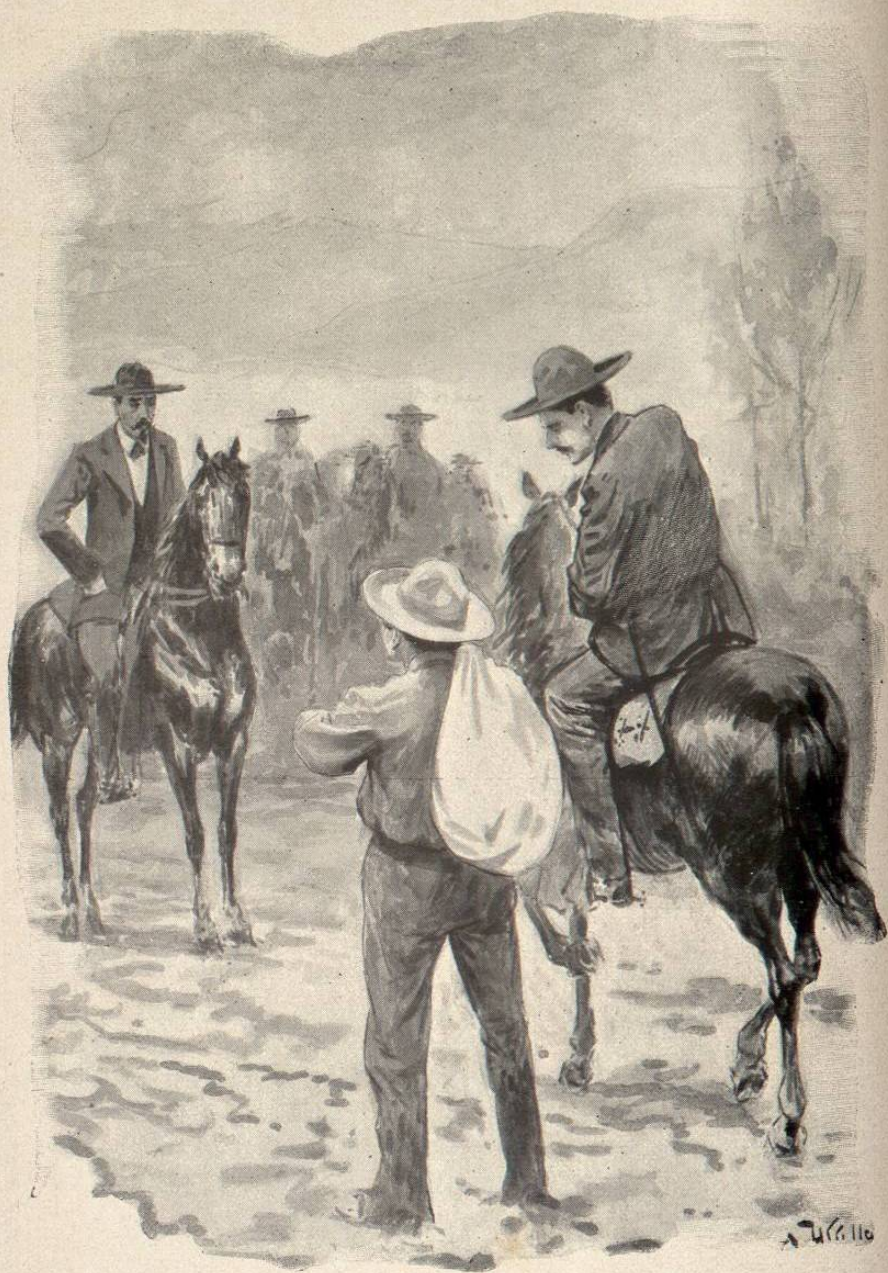
Pero ¿qué valía aquello contra las tropas francesas que de seguro destacarían para perseguir á Porfirio? Pancho oía hablar de compañías ligeras de cazadores, de zuavos caballeros en mulas, de prodigiosas marchas, de ríos vadeados en minutos, de todo, en fin, lo que la imaginación y el miedo públicos ponían y aumentaban á la realidad, de suyo tan temible. Sobre todo, le *labraba* grandemente la cercanía de Visoso, á quien se figuraba alto, metido en carnes, bizco de un ojo, con la voz aguardentosa, el aire descomedido y bravucón y el andar presuntuoso y lleno de suficiencia. No le dejaba dormir la sombra de Visoso porque temía que cayera sobre la reuñioncilla y la destrozara en un santiamén.

Pero vino á detener la marcha de Porfirio y la de Visoso, y habría detenido la del Preste Juan de las Indias, un suceso que no estaba calculado en la innumerable serie de combinaciones ideada por los combatien-

tes. El 26 de Octubre á las tres de la tarde, empezó una lluviecita de chipichipi de que nadie hizo aprecio, se tornó aguacero por la noche, y al día siguiente, cuando los jinetes estaban prontos á ensillar y á salir á sus tareas, el aguacero se convirtió en tempestad de lo más fino. Primero una inmensa cortina de cristales saltarines que se extendía hasta donde los ojos alcanzaban, y después un vapor tenue y sutil que cubría montes, valles sembrados y caseríos era cuanto se lograba distinguir en aquel paisaje de inmensa desolación y de indefinible tristeza. Apenas si se podía contemplar, esfumado en el cuadro gris y tétrico de aquella mañana sombría, un cerrillo casi esférico coronado por chaparros que parecían las verrugas de un rostro antipático y duro. Caminos, ni quién les mencionara, pues de un extremo á otro corría el agua por ellos; sembrados, ni para remedio, pues el agua les tapaba y apenas se veían las milpas que asomaban la espiga tostada ó las hojas amarillentas que parecían manos que implorasen auxilio antes de hundirse, ó las mazorcas que mostraban sus granos colosales como dientes que reían sarcásticamente. Labradores, guerreros, caminantes, hacendados, todo el mundo daba paz á la mano y se entretenía en mirar aquel paisaje diluviano, preguntándose cuándo *abriría el tiempo*.

Cuatro días duró el temporal y al quinto mandó el jefe ensillar los caballos y salir á cualquier costa. La mañana

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO



— ¡Bonito te has puesto, hombre! ¿Por qué corrías?
¡Si aquí no comemos gente!

estaba fría y lluviosa, y la aurora aparecía como oculta tras un fanal. Los caballos chapoteaban en el lodo y ni sendas ni andurriales se distinguían hasta donde alcanzaba la vista. La calca que solían dejar las pezuñas de las caballerías se llenaba á poco de un humor líquido y negruzco que parecía salir del centro de la tierra, y cuando otra bestia pisaba en el agujero, éste se convertía en un pantano en el que sobrenadaban trozos de césped y alimañas muertas. Habrían andado una hora cuando una negrísima nube se precipitó sobre el monte inmediato, volviendo más obscura la mañana triste y sombría.

A la vera del camino vieron venir á un hombre cargado con un saco y que, recatándose entre espinos y huizachales, aparentaba buscar el camino en que pudiera enlodarse menos.

— Capitán, deténgame á ese sujeto, ordenó Porfirio á Pancho.

Chapoteando entre el lodo se adelantó el capitán á coger al hombre del saco, que ya corría entre los surcos enfangándose hasta las rodillas. Al fin se resbaló en un hoyo disimulado por la capa de agua cenagosa, y Pancho pudo alcanzarle fácilmente. Cuando le llevó cogido por la cotona y con un aspecto de medrosidad y espanto que causaba risa, Porfirio le interrogó con maña:

— ¡Bonito te has puesto, hombre! ¿Por qué corrías? Si aquí no comemos gente.

— No, mi jefe, pero...

— ¿Y qué traes en este costal?

— Pan, mi jefe.

— Pan, dijo con suave risa el general; llevar pan á Tepetlapa es como llevar sal á Colima: Tepetlapa está lleno de panaderos y de panaderías... ¿Y qué dice Visoso?

— Señor, yo no conozco á don Vicioso.

— ¡No faltaba más que no le conocieras, hombre. Le conoces y hasta vienes enviado por él.

— Señor, por Dios...

— Dime la verdad, que estamos de prisa; si no te las averiguas conmigo.

— No sé nada, señor.

— ¿Nada? Capitán, forme usted un cuadro de tiradores, y si dentro de cinco minutos no ha confesado este bellaco la comisión que traía, me le fusila sin remisión.

— Señor...

— ¿Qué dice?

— Pos, señor, francamente, los soldados de Tulcingo están limpiando sus armas.

— ¿Conque limpiando sus armas? ¿Y cuántos son?

— Son no más cincuenta de á caballo.

— ¿Y cuántos de á pie?

— Dicen que trescientos, señor.

— ¿Y tú á qué venías?

— Pos señor, yo con perdón de su mercé y de la com-

pañá (y miraba con ojos de espanto á todos aquellos sujetos de sombrero hasta las narices, zarape rojo ó tricolor, *guango* al cinto y caballos bailadores) soy hombre pacífico, y anoche al peso de media noche me llamó don Vicioso y me dijo: «Vas á ver por dónde vienen los china-cos,» y yo le dije que no sabía y él me dijo: «Pos si no quieres ir por bien irás á juerzas» y ajuercitas salí.

Oyó Porfirio la enrevesada narración y después de determinar que se echara entre filas al panadero, ordenó que se aligerara el camino.

Picaron las bestias, y poco rato después atacaba la vanguardia la iglesia de Tulcingo y el atrio atrincherado que defendía la columna del traidor. Los ocupantes del templo opusieron una resistencia tenaz y porfiada: no parecía sino que iban á seguir defendiéndose todo el año. Porfirio distribuyó á su gente, se apoderó de varias alturas y dispuso que Olivos rodeara la manzana de la iglesia para impedir la salida de los de Visoso.

Pero ya era tarde, pues á poco andar se precipitaron con gran estrépito y por un portillo abierto á deshora todos los jinetes que acompañaban al renegado. Corrió Pancho tras los fugitivos, pero apenas pudo coger á tres y machetear á media docena. Visoso se escapó con el resto de la caballada.

Volvió Olivos enfadado y lleno de vergüenza, cuando le recibieron los gritos de la gente.

— ¡Viva Porfirio! ¡Viva Oaxaca!

— ¡Son nuestros!

— ¡Qué chiripa!

— ¡Trescientos prisioneros!

— ¡Y todo el parque!

— ¡Y la banda!

— ¡Y una barbaridad de dinero en oro!

En efecto, todo había dejado el gran Visoso en poder de los chinacos, y apenas si logró salvar la piel y los pocos jinetes que le acompañaban en su huída.

No bien había caído la plaza en poder de Porfirio, éste llamó á Pancho para ordenarle buscara por cielo y tierra el dinerillo capturado, que caía como agua de Mayo en aquella agrupación que iba alcanzando los honores de batallón ó regimiento.

El de Olivos tuvo todos los trabajos del mundo para recoger los dineros, pues no había fuerza humana ni divina que hiciera comprender á los nuevos reclutas que aquello no les pertenecía individualmente, sino que era de la caja del futuro ejército de Oriente.

— ¿Devolverlo? ¿y por qué? No faltaba más que el dejar uno lo que le ha costado sudor y trabajo.

— Yo encontré el dinero y lo guardo: lo que uno se halla le pertenece.

— Lo que ganan las gentes á fuerza de brazos es suyo y nada más.

Y con aforismos así, que se resolvían en el parecer de Sancho Panza cuando de buena fe guarda el dinero y las camisas de Cardenio, Pancho pudo recoger apenas una parte mínima de lo que le habían ordenado. Entonces tocó la vez á Porfirio, que ya con amenazas, ya con bromas, ora por medio de razonamientos, ora con medidas de rigor, obtuvo la devolución del dinero sin faltar un tlaco. Y allí comenzó la tarea de caudillo, de demostrar á la gente que todos y nadie eran dueños de los fondos; que cuanto se recogiera había de pertenecer á una entidad llamada ejército y á otra superior que se decía patria; que se habían de ver como sagradas la tienda del comerciante, la cosecha del labrador, el atajo del arriero, la persona del particular y el pudor de la doncella; y en fin, que había que ser valientes en el combate, incansables en la persecución, nobles en la victoria, humanos con el vencido, inflexibles con el criminal y llenos de respeto para la propiedad del extraño y de amor para los que ministraban recursos.

Este evangelio de civilización, de cristianismo y de bien, había de tardar algún tiempo en penetrar en el ánimo de aquella gente sorda y endurecida; pero había de penetrar al fin, y el haber conseguido que penetrara, será siempre la gloria mayor del jefe de aquel embrión de ejército.

Cien hombres más en aquel núcleo reducido y pobre, significaban mucho, y ya valía la pena de que se les men-

cionara de alguna manera. Porfirio les dividió en dos partes iguales, que pomposamente llamó batallones; y por eso Pancho fué ascendido al grado siguiente, pues se le dió el mando de uno de aquellos cuerpecillos, invistiéndose con el del otro á un teniente llamado Mucio Martínez.

Listo el primer contingente de tropas, adquirida la seguridad en un considerable distrito, contando con algunos aunque pocos dineros y desconocedor de la táctica y de las condiciones propicias para pelear en aquel Estado de Guerrero en que maniobraba por primera vez, pensó Porfirio que le convenía acudir y ponerse al habla con el viejo patriarca de la libertad mexicana, don Juan Alvarez, cacique del Sur y hombre de más recursos y astucias que le suponían quienes le pintaban como un viejo simple y sin habilidad.

Pancho recibió orden para alistarse, y en unión de un mozo y un guía emprendieron el viaje á la región inextricable en que habitaba *Tata Juan*. Cinco días caminaron entre barrancas profundas, entre torrentes invadeables, entre vegetaciones mórbidas y entre gentes que recordaban el estado primitivo de la humanidad; tantas eran su insconciencia y su salvajismo. Al sexto día miraron que venía por la ladera de una loma un viejecillo que denunciaba á leguas sus muchos años, pero que se conservaba correoso y duro como uno de aquellos bejucoş que pendían de los árboles milenarios.